

El fenómeno de las cátedras literarias en tres universidades andaluzas

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua Española

Allá por el año 1990, en el auditorio II de la Facultad de Letras, en el Campus 'La Cartuja', de la Universidad de Granada se celebraba una oposición a cátedra de Literatura Española. Se presentaban dos candidatos, los dos del Departamento de Filología española, los dos de casa ante un tribunal prácticamente foráneo. Nos temíamos lo peor: los nervios de uno, las dificultades articulatorias de otro podían dar al traste con las ansias de toda una generación de profesores por consagrarse en lo académico. Pero aquello salió bien, **Andrés Soria** le echó arrestos, presentó un proyecto lorquiano que prometía. Fue el comienzo de una suerte de estela que sembró en 26 años el cielo de tres universidades de 31 cátedras de luz. Lo destacamos como algo inaudito, irrepetible y sorprendente. Nos circunscribimos al ámbito de lo literario, es decir, a las letras hispánicas. Fue embrionario en Granada, pero se expandió a Almería y Jaén. Sin las tres universidades no tiene sustento el fenómeno. Sin gente de estos tres ámbitos no llegaría a fructificar. Tres décadas pueden parecer mucho tiempo, pero una cátedra en la vida de una persona es toda una vida. No hubo planificación, fue generación espontánea. No hubo endogamia a pesar de lo que diga mi amigo Andrés Ollero, sino competitividad. Hubo vencedores y vencidos. ¡Qué le vamos a hacer!

Después vino la cátedra de **Fernando García Lara**, profesor de la Universidad de Almería, que después pasó a la Pablo Olavide. Era amigo de Soria, era de los profesores progres que Granada temía en el ambiente inicial del Colegio Universitario de Almería. Entre Fernando y Soria consiguieron sacar a **Juan Carlos Rodríguez**, a quien nadie de fuera quería, pero que dentro era considerado maestro de todos. Hubo incluso renunciadas a participar en el tribunal. Con Juan Carlos aparecía el primer enfrentamiento y las primeras banderías: literatos clásicos contra vanguardistas, la literatura como arte frente a la literatura como producto burgués. Pronto llegó la cátedra de **Sánchez Trigueros (1992)**, por otros cauces y dentro de la corriente de Teoría de la literatura, teoría extranjera nacionalizada a partir del congreso de Toledo de 1983. Con ella nació el segundo enfrentamiento, el de literatos frente a teóricos; yo pienso que si el literato es solo literato no es buen literato, y que si el teórico es solo teórico no es literato.

Para la cátedra de **Antonio Escobedo** en Almería hubo que hacer filigranas. Los de Granada de momento en el año 1992 no querían más cátedras y dilataron su aprobación. Hubo que esperar a la conversión en

Universidad para que de forma autónoma y al segundo intento saliera. Con la ayuda de Juan Martínez, catedrático antiguo y un amigo de Valladolid. Se dio el caso de un catedrático paracaidista, **Francisco Moreno**, que vino, la sacó y se fue de nuevo a Madrid. Hasta el año 2000 no cuajó la idea de promover a catedráticos de instituto dentro de una carrera docente aceptada a regañadientes por algunos. De esa manera aparecieron **Luis Cortés** (2000) y **Manuel Peñalver** (2009) en Almería, y **Dámaso Chicharro** (2010) en Jaén, los que a la postre dieron solera a las nuevas universidades. Por este camino se ha consolidado una doble forma de enseñar en la universidad, la de los pedagogos frente a los puros investigadores.

En la primera década del siglo XXI aparecen en el Área de literatura una estela de grandes, consolidados catedráticos, como **Luis García Montero** (2000), discípulo de Juan Carlos; **Álvaro Salvador**, compañero de corriente sentimental literaria de Luis; **Ángel Esteban**, destacado cubanista, y **Amelina Correa**, que se dedica a la literatura granadina más castiza. Con Luis, presente en todos los tribunales de premios y honores, surge un nuevo enfrentamiento, la corriente literaria, que en poesía huye de la rima y en prosa se olvida de la sintaxis, frente a la de los artesanos de la poesía y escrupulosos de la dicción española que anidan en el área de Teoría y en la Academia de las buenas letras. El enfrentamiento en momentos fue furibundo; aparecieron pasquines, acrósticos; vamos, que hubo hasta destierros temporales. La dicotomía se puede palpar también en la presencia de un Ateneo para unos y una Academia para los otros. Por poner un ejemplo, el verso de Joaquín Sabina es malo para estos y bueno para aquellos.

El ritmo de cátedras en el área de Lengua española fue más lento pero seguro y abundante. Nunca se entenderá bien la división lengua-literatura, porque el literato que no sepa lengua nunca será buen literato, y el lingüista que no se base en la literatura desprecia un caudal inagotable en español. Una vez soslayado el tema de Mondéjar, catedrático antiguo, salta a la palestra **Juan Antonio Moya**, en 1996, que se dedica a la enseñanza del español como lengua materna, y le siguen diez años después **Antonio Martínez**, **Pedro Barros** y **José María Becerra**, dedicados a la enseñanza del español como segunda lengua; los tres son discípulos de José Andrés de Molina, catedrático antiguo de Lingüística. José Andrés tiene que ver mucho con la cátedra de **Juan de Dios Luque** (2005), y Juan de Dios con la más reciente de **Antonio Pamies** en el área de Lingüística. Estos dos profesores son auténticos lingüistas porque son políglotas y no filólogos. Hay algunos lingüistas que lo único que hablan es español.

De vuelta atrás nos topamos con el área de Teoría donde también aparece el enfrentamiento populistas-puristas. De la mano de Sánchez Trigueros, surgen personalidades carismáticas como **Antonio Chicharro** (2003), **Sultana Wahnou** (2006) y **Domingo Sánchez-Mesa** (2010).

Todos se ganaron a pulso sus cátedras, que no vienen como las cerezas. Auténticas batallas campales, regates increíbles, derroteros sinuosos. Sin embargo, se fue incapaz de crear una revista literaria buena.

Por empeño del entonces rector de la universidad, Antonio Gallego Morell, se consiguió dotar de cátedras ibéricas a la universidad; fue así cómo **Juan Paredes Núñez** brilló en literatura gallega, después **Nicolás Extremera Tapia** en literatura portuguesa, **Luisa Trías Folch** en literatura catalana y **M^a Dolores Valencia Mirón** en italiana.

Como vemos la mayor tajada se la lleva siempre Granada. Es el caso de Jaén, donde Juan Marín presenta a **Ignacio Ahumada** (2008) que después pasó a Madrid. José Andrés consigue que en Almería prosperara **Francisco Marcos** (2005), y Trigueros que hiciera lo propio **José Valles** (2002).

Por último, en el área de Lengua española la corriente historicista, no se sabe por qué enfrentada a la corriente sincrónica, que se había quedado desarmada y sin referencias, se ha consolidado con los dos últimos catedráticos en escena, **Maite García Godoy** y **Miguel Calderón** (2016).

Todo este relato tiene muchas oquedades. Es cavernoso. Es auténtico. Solo se pudo surgir en un rincón de España donde se da una patada y brotan poetas por doquier. Fue un fenómeno de contagio, de coincidencias y de casualidades. De los ocho catedráticos antiguos, tres murieron en accidente y cinco por enfermedad. De los 31 nuevos, dos ya han fallecido. Yo no digo nada.

Digibug: <http://hdl.handle.net/10481/45471>